

KARLAN, Dean y Jacob APPEL. *¡No basta con buenas intenciones! Cómo la nueva economía del comportamiento ayuda a vencer la pobreza en el mundo.* Barcelona: Antonio Bosch editor, S.A, 2011, 299 pp.

Este interesante libro, escrito a modo de novela y en primera persona, explica por qué hacen falta «más que buenas intenciones» para ayudar a resolver el problema de la pobreza. Muchas veces uno puede pensar, con la mejor de las intenciones, que con la implementación de un programa de desarrollo que *parece* estar siendo exitoso se está yendo por el camino adecuado. Algunas otras no se sabe cuál es la manera más eficaz y eficiente de ayudar.

Sobre esto, existen dos corrientes. En la primera, liderada por el economista Jeffrey Sachs de la Universidad de Columbia, se argumenta que aun no se ha ayudado lo suficiente en programas de desarrollo y se debe donar más, dándole la oportunidad a los programas ya existentes. En su libro «*El fin de la pobreza*», explica que existen trampas de pobreza en algunos países que impiden a los individuos salir de ella. Por esto, el desafío de la cooperación internacional es el darles oportunidades para que puedan desarrollarse y «pongan un pie en el primer peldaño de la escalera del desarrollo». La segunda corriente, liderada por el economista Bill Easterly de la Universidad de Nueva York, más bien indica lo contrario: la cooperación internacional ha fallado en abordar el problema pues, luego de toda la ayuda brindada, la mitad de la población del planeta sigue bajo la línea de pobreza. Dice, entonces, que hay que partir desde cero con programas pequeños, ágiles, y locales.

Pero para los autores la salida a este debate es sencilla: «la ayuda funciona unas veces sí y otras veces no». Se deben de estudiar múltiples soluciones, evaluar cada caso y observar si funcionan. Si lo hacen de manera sistemática, se debe aplicar la solución a gran escala y, si no, intentar algo nuevo o modificarlo.

Lo primero que se debe hacer, entonces, es *comprender* el problema, uno que la economía tradicional no ha podido explicar y resolver de manera efectiva. Se propone, por eso, girar la mirada hacia la nueva economía del comportamiento. Uno de sus postulados es asumir que los individuos no siempre toman decisiones de forma *racional*, es decir, no están constantemente haciendo un análisis coste beneficio ni actúan como si lo hubieran hecho. Los individuos, comentan los autores, actuamos en base a prioridades, somos distraídos, impulsivos, cometemos errores y somos, a menudo, incoherentes.

La economía del comportamiento, en lugar de deducir de un conjunto básico de principios una manera de pensar, desarrolla un modelo de toma de decisiones a partir de la observación de lo que hace realmente la gente en la vida real. Como veremos a lo largo de este libro, esta manera de pensar puede ayudarnos a diseñar mejores programas para la lucha contra la pobreza.

Lo segundo, condición necesaria para que lo primero funcione, es que cada programa de desarrollo debe tener una *evaluación rigurosa*. Esto ayuda a comprender qué solución es mejor y por qué lo es en comparación a las demás. «A veces las cosas que suenan bien son un fracaso» comentan los autores. La mejor forma para realizar una correcta evaluación es a través de los experimentos controlados aleatorios. Para conocer el impacto de un programa sobre su población beneficiaria, se deben identificar las relaciones de causa-efecto entre el objetivo del programa y sus resultados esperados. Sin embargo, la vida de la gente cambia a través del tiempo por distintos motivos, por lo que es necesario aislar de los efectos observados en la población beneficiaria todos los factores externos al programa y que de todas maneras hubiesen ocurrido sin su ejecución. Con esto, se podrá responder efectivamente a la pregunta «¿cómo cambió la vida de la gente con el programa en comparación a cómo habría cambiado sin él?». Los experimentos controlados aleatorios asignan *al azar* a la población que recibirá o no el programa para que las características no observadas de los individuos se distribuyan de manera uniforme entre los grupos de comparación (grupos de tratamiento y control). En suma, nos dicen si el programa fue exitoso o no con respecto a sus objetivos.

Es bajo estos dos enfoques que los autores relatan, a lo largo de todo el libro, diferentes experiencias donde tanto la economía del comportamiento como las evaluaciones rigurosas son la clave para enfrentar la pobreza de la manera «más efectiva». Existen numerosas experiencias en los sectores de micro finanzas, educación, salud, agricultura y lucha contra el VIH donde se muestra que, efectivamente, el ser humano es más que un ser completamente racional y que muchas veces se necesita entender mejor cómo actúa en la realidad.

La experiencia del microcrédito se utiliza como ejemplo a lo largo del libro para probar que la ayuda y las que parecen ser *buenas ideas* funcionan «algunas veces sí y otras veces no». La idea base del microcrédito, comentan, es que los pobres tienen muchas oportunidades económicas y las habilidades para poner el dinero en funcionamiento pero no tienen los recursos para hacerlo. Una de las preguntas que los autores se hacen es «¿funciona el microcrédito de la misma manera para todos?», cuestionando el postulado anterior. En 2005, varios investigadores realizaron un experimento controlado aleatorio en Hyderabad, India, para observar qué ocurre cuando llega una microfinanciera por primera vez a una comunidad. Se identificó a cien barrios y se asignó aleatoriamente a la mitad para abrir ahí una sucursal. Luego de alrededor de un año, se observaron distintos resultados. En principio, se vio que no había tantos *emprendedores* y que el motivo más frecuente para pedir un préstamo era el pagar otras deudas y no abrir nuevos negocios. Tradicionalmente, uno pensaría que la llegada de la microfinanciera daría pie a la creación de nuevos negocios y cambios importantes en la vida de las personas, pero no era el caso. Esto, resolvieron los investigadores, tiene que ver con los diferentes tipos de personas y las distintas maneras que ellos tienen para responder al aumento del acceso al crédito. Para indagar sobre esto, separaron a los barrios que ya tenían por lo menos

una empresa y utilizaron un modelo para predecir la probabilidad de que una persona emprendiera un nuevo negocio basándose en su información demográfica. Así, las separaron en tres grupos y, en esa evaluación, los resultados sí eran sorprendentes. Se halló que a las personas con «mentalidad para los negocios» les fue mejor que a las que no, pues las personas que ya eran empresarias tendían a invertir el dinero del microcrédito en sus propios negocios y no en gastos adicionales. Por otro lado, las personas que no eran empresarias simplemente consumían más. Con esto, demostraron que «no todo el mundo nace para empresario» y que el microcrédito como solución universal para la pobreza debe ser tomado con cautela pues no funciona en todos los casos.

Si bien es interesante lo que los autores proponen, creo que muchas de las experiencias deben de ser tomadas con cautela, en especial para los diseñadores e implementadores de políticas públicas desde el Estado. Es importante entender que, si bien lo que nos relatan son experiencias que pueden dar muchas luces de lo que funciona y lo que no, el contexto en muchos casos importa y que evaluar desde el Estado presenta distintos retos no hallados en evaluaciones pequeñas y en acuerdo con instituciones privadas. Por un lado, los buenos resultados deben darse de manera sistemática para asegurar que el programa funciona en diferentes situaciones. Por el otro, si bien existen experiencias exitosas de evaluaciones experimentales desde el Estado a gran escala, como por ejemplo PROGRESA en México, esto no quiere decir que sea fácil realizarlo. Las presiones políticas por un resultado positivo y los ciclos políticos, los arreglos institucionales, el adecuado seguimiento e implementación, y la independencia de los evaluadores pueden determinar si la evaluación es, efectivamente, una evaluación *rigurosa*, además de la metodología utilizada. Los diseñadores de políticas públicas deben de tener en cuenta que no necesariamente será fácil el diseño e implementación de un experimento controlado aleatorio en todos los casos, pero ya existen avances importantes en muchos países como el Perú.

Finalmente, los autores nos hacen un importante recordatorio que resumen la tesis central del libro:

¿Cómo podemos, pues, sacar el mayor partido a los recursos que tenemos?
¿Podemos animar a más gente a involucrarse en el proyecto de aliviar la pobreza garantizándoles que hay programas que realmente funcionan? Eso es lo que está en juego.

Lo importante no es el instrumento; lo importante es reducir la pobreza.

Jorge F. Tudela Pye
Departamento de Economía
Pontificia Universidad Católica del Perú